

El corazón de una madre

Samuel Santana



Capítulo 1

Con los ojos perdidos en las cuencas, la tez empalidecida y el cuerpo extremadamente lánguido, Carlos José yacía en el hospital esperando en cualquier momento la exhalación de su espíritu.

Al tronco de la cama, con la mirada dura por los tantos días sin conciliar el sueño y estragada por la honda angustia, su madre permanecía atenta a sus movimientos y balbuceantes palabras. Tenía el cabello plateado y la piel arrugada como pergamino estrujado por el paso de los largos años llenos de penurias y afán; penurias y afán que aún en el ocaso de su existencia se resistían a darle un instante de paz.

-Me voy a morir.

-Calla hijo. No digas eso. Sólo Dios sabe lo que te espera.

Las palabras le laceraban el alma. Ella sabía que decía la verdad, pero era una verdad que debía repeler y combatir hasta arrancarla de su mente. Es que una madre nunca se rinde, no pierde la esperanza, no admite derrota y pelea hasta la sangre.

Con las manos temblorosas le tocó la frente, le compuso el pelo e intentó transmitirle el aliento de su fiero corazón.

-Ya te repondrás. Pronto lo vas a ver-. Eso le decía una y otra vez.

-Eres una santa. Conozco tu corazón.

-Te lo aseguro, todo va a salir bien.

Tomó la manta y lo cubrió hasta el pecho. El, de vez en cuando, experimentaba un ataque de tos incontrolable.

-Sabes, anoche soñé que mi padre vino a buscarme.

-Bueno, tú sabes que hace mucho que murió. Pero sé que está en el cielo. Era un hombre bueno, muy bueno.

Dos grandes goterones brotaron de los ojos de su hijo.

-Lo hice sufrir mucho, mamá.

-¡Hijo por amor de Dios, tranquilo!

-Tenía la cara triste y la mirada perdida. El me dijo: "Prepara tus cosas que nos vamos. No regresarás más". Yo necesito que Dios perdone mi

alma, que se apiade de mí.

-El ya lo hizo. Debes sentirte en paz con él y con todos los demás. No cargue tanto tu corazón.

-Es que tú no entiendes. Hay muchas cosas que tú no sabes.

Ella tuvo que meter las manos en su bolso negro y sacar un pañuelo para enjugar las lágrimas de los ojos ya achicados y hundidos.

Lo acarició con la devoción del primer contacto en su vida, cuando la enfermera lo colocó en el lado del corazón donde sintió su calor, sus latidos y su respirar tierno.

Pero ahora, él, en su lecho angustiante, recordaba cosas. A su memoria llegó su amigo Daniel, el terrible, y los demás muchachos de la escuela que integraron el clan. Carlos José recordó el día en que, en lugar de ir a la clase, se escabulleron por las afueras en un caminito polvoriento por donde se internaron en un bosque de árboles espectrales y frondosos. Con una cuerda fina de nylon atraparon lagartos que metieron en una bolsa de tela negra. Después hicieron una fogata de brazas rojas e incandescentes y los fueron incinerando uno a uno. Muertos de risas celebraron la forma en que los animalitos se retorcieron de desasosiego en medio de las llamas picantes hasta ser convertidos absolutamente en nada.

Años más tarde, Carlos José hizo nuevos amigos en la universidad. Su corazón quedó atrapado en la sonrisa de Natasha, la hermana de Luis Manuel, quien gustaba de juerga, veladas y excursiones. Un día, Luis Manuel lo invitó a probar algo que lo hizo flotar y soñar con otros lugares y mundos. Perdió el gusto por la iglesia y la fe de sus mayores. Pronto los razonamientos, las teorías impías y las burlas picantes de los catedráticos le llenaron la cabeza. "La verdad es absoluta y no se encuentra en el misticismo", le decían.

Una noche partieron hacia una cabaña en lo alto de la montaña Sagre, donde estimulados por el poder de los alucinógenos rompieron con las formalidades y se entregaron a todo tipo de placer y prácticas perversas en la oscuridad de las noches y en la gran distancia.

Poco a poco la capacidad de razonamiento de Carlos José fue deslizándose hacia un abismo de tinieblas. Llamaron a sus padres a la rectoría y les comunicaron que él ya no estaba en capacidad de cumplir con los rigores académicos. Los reportes que daban los profesores en los últimos meses indicaban que su vida como estudiante era un desastre.

Así estaban las cosas para él cuando recordó a su viejo amigo Daniel, el terrible. Hacía mucho que no lo veía pero escuchó que era el cabeza de un grupo dedicado a negocios turbios y del bajo mundo. Y como había tenido

suerte en sus andanzas poseía una mansión, coches de lujos, mucho dinero y gran influencia.

Daniel, el terrible, se alegró de verlo y lo admitió en su clan y repugnantes andanzas. Con el paso del tiempo llegó a ser tan diestro como quien lo había iniciado. Los negocios a oscuras, la vida de misterio y el vivir escabulléndose como ratas en cuevas llegaron a serle agradables. Sobre todo porque esto le proporcionó la oportunidad de salir de sus limitaciones económicas, conquistando así una vida de libertad y de poder.

Carlos José se compró buenos autos, una mansión de lujo y ropas finas y delicados perfumes exóticos. Se sentía seguro porque logró forjar relaciones poderosas con funcionarios corruptos, policías y altos oficiales de la justicia.

Pero fue un día que su amigo Daniel, el terrible, le llamó la atención por haber incursionado en parte de su terreno. En una reunión clandestina bajo las paredes húmedas de un sótano aclararon las cosas. Sin embargo, cuando su amigo dio la espalda él lo derribó de un disparo en la cabeza. En realidad, hacía mucho que Carlos José quería hacerlo, pues ya su ambición no tenía límites ni fronteras. En lo adelante amplió el número de espalderos y tomó dominio de toda la zona.

Ahora, en el hospital, su madre lo miraba llena de compasión.

Todo hubiese seguido bien de no haber sido por los efectos del maldito vicio en su cuerpo. Un día en la mañana empezó a sentir problemas en la respiración, en la circulación, en su sistema digestivo y hasta en lo más elemental de su vida. Sufría de ataques nerviosos como un epiléptico. Fueron alteraciones que lo llevaron a pelearse con todo el mundo y a distanciarse de los demás, pues vivía mal humorado y una especie de paranoia lo perseguía.

Una madrugada se despertó de súbito y empezó a disparar por toda la habitación, quería destruir los seres estrafalarios que en su estado de alucinación buscaban arrastrarlo hacia unas cavernas curvantes y siniestras. Eran pasadizos profundos y oscuros. Carlos José decía que eran monstruos horribles con cabezas de serpientes y pezuñas de cabras. Describió uno que tenía la mirada como brasa encendida, la piel arrugada, una barba enrojecida y orejas puntiagudas. Se burlaba de él y avanzaba a su encuentro con risa maliciosa.

-Madre, por Dios no quiero ir al infierno.

-Carlos te he dicho que no repita esas cosas. Dios sabe que siempre fuiste un niño bueno, que tomaste las lecciones en la iglesia, que has hecho

buenas donaciones y que me has ayudado mucho.

A final del mes de diciembre, la salud de Carlos José se agravó. Había caído en un estado casi cataléptico. Pasaba los días con los ojos cerrados y sólo de vez en cuando balbuceaba algunas cosas.

Su madre, al tiempo de pasar las manos por su frente, le decía:

-Pronto te vas a reponer, mi hijo. Ya lo verás. Sé que Dios así debe quererlo.

En su condición distante él la escuchaba.

Ella veía como él luchaba por escapar de la condición aletargada. Indudablemente que había algo que atormentaba a Carlos José. Y por lo percibido era espectral.

En la madrugada de un domingo, un día antes de la navidad, repentinamente él se sentó en la cama y de forma angustiante exclamó:

-¡Malditos, déjenme en paz!

A seguidas, volvió a caer de espalda sobre la almohada. Así vertió toda su alma.

La madre le dio un beso en la frente y compungida le dijo: "Dios sea contigo, hijo de mi vida".